

Manuel Martínez Baez: Una visión muy personal de las enfermedades tropicales.

ANA CECILIA RODRIGUEZ DE ROMO*

"La salud es la resultante de un conjunto variado de factores; la salud es un conjunto variado de posibilidades".¹

Manuel Martínez Báez

Resumen

La obra del doctor Manuel Martínez Báez (1894-1987) es muy vasta y se agrupa claramente en torno a tres áreas de la medicina: Parasitología, salud pública y sociología médica e historia de la medicina. Este trabajo estudia un aspecto de su ideología en salud pública y sociología médica, el relativo a las enfermedades tropicales. La aportación de Martínez Báez en esta área fue relevante porque adecuó a la realidad de los países subdesarrollados los conceptos que sobre enfermedades tropicales surgieron en países ajenos a esta problemática.

PALABRAS CLAVE: HISTORIA, SALUD PÚBLICA, ENFERMEDADES TROPICALES.

Summary

The work of doctor Manuel Martínez Baéz (1894-1987) is very vast and it is clearly related to three different areas of medicine: parasitology, public health and medical sociology, and history of medicine. This work studies an aspect of his ideology concerning public health and social medicine which is related to tropical diseases. The contribution of Martínez Báez to this area was important because he adapted to the reality of underdeveloped countries concepts concerning tropical diseases originated in countries foreign to this problem.

KEY WORDS: HISTORY, PUBLIC HEALTH, TROPICAL DISEASES.

En este trabajo se abordan algunas de las ideas del maestro Martínez Báez respecto a la salud, específicamente las que se relacionan con las llamadas enfermedades tropicales.

A través de su obra, se percibe que para él la salud era casi sinónimo de felicidad, de ella se expresaba como "ideal supremo";² frecuentemente hacía alusión a su relación con la salud en sus escritos y conferencias. La felicidad no es algo simple, y por lo mismo, la salud es para

Manuel Martínez Báez, un complejo sistema que involucra factores económicos, políticos, científicos y sociales.

Este trabajo forma parte de un estudio más amplio sobre la vida y obra del doctor Manuel Martínez Báez. Enseguida se da una idea muy general de quién fue este ilustre médico mexicano, pero más que un esbozo biográfico, se hace un examen somero de las circunstancias que pudieron haber conformado su vocación de sanitarista.

Manuel Martínez Baez³

El maestro Manuel Martínez Báez nació en Morelia, Michoacán el 2 de septiembre de 1894 y falleció a la edad

* Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina. Facultad de Medicina, UNAM. Ciudad Universitaria. México, D.F.

de 92 años, en la Ciudad de México el 19 de enero de 1987. Su padre, el doctor Manuel Martínez Solórzano fue un destacado naturalista cuyos trabajos se enfocaron fundamentalmente a la botánica y geología. Su libro *Lista de las Plantas Indígenas*,⁴ publicado en 1910 es el primer abordaje científico de las plantas del estado de Michoacán. La influencia paterna fue determinante en la vocación científica de Martínez Baéz sobre todo la inclinación por el estudio de los insectos, afición que muy probablemente conformaría su interés por la parasitología.

En enero de 1916, en la Escuela de Medicina de Morelia, Martínez Baéz obtiene el título de médico cirujano con una tesis sobre el tratamiento de la tifoidea. En 1917, es el médico del ejército carrancista en Michoacán y poco después, ingresa a la Cruz Blanca Neutral, brindando sus servicios médicos a los heridos en las campañas de defensa al mismo Venustiano Carranza.

A los 26 años de edad, sin remuneración, decide ir a Huetamo de Nuñez, pueblo de la zona caliente de su estado natal donde pasará dos años. Ahí, Manuel Martínez Baéz, además de realizar las labores comunes de un médico rural, se verá confrontado a las malas condiciones sanitarias y sociales que dificultan el tratamiento de las enfermedades. Entonces concluye que es obligación del Estado pagar los servicios médicos, entre otros, "porque a los pobres no se les debe cobrar y a los amigos no se les puede cobrar".

En 1925, se va a la Ciudad de México donde inició una brillante carrera académica. Al mismo tiempo, su amigo Ignacio Chávez le ofrece el puesto de conferenciante en el Servicio de Educación para la Salud del Departamento de Salubridad. Su labor consistirá en dar pláticas sobre higiene a obreros, grupos de madres, escuelas, etc. Responsabilidad y dar más de lo que le correspondía, le permiten ascender a jefe de educación higiénica.

Siendo Aquilino Villanueva Jefe del Departamento de Salubridad, Manuel Martínez Baéz es encargado de la participación del Departamento en la Exposición Iberoamericana de Sevilla. En Europa, conoció a Emili Brumpt, eminente parasitólogo francés de la época, y de quien recibió notable influencia, Martínez Baéz estuvo en el laboratorio del profesor Brumpt los años de 1933 y 1934.

Cuando estaba en París, fue nombrado representante de México para la Oficina Internacional de Higiene Pública, primera organización internacional para la cooperación sanitaria a escala mundial.

Su interés en los problemas médicos de proyección social empieza a tomar forma más concreta y estando en Europa, de sus propios recursos estudia malariología en el Instituto de Enfermedades Tropicales de Hamburgo y es becario Rockefeller en la escuela de malariología en Navalmaral de la Mata en Extremadura y en la estación

para el estudio experimental del paludismo en Roma. Posteriormente, de la Universidad de París obtuvo el título de médico malariólogo.

Este período europeo es decisivo para Manuel Martínez Baéz porque a su regreso a México, deja el ejercicio de la medicina y se dedica a la enseñanza y a la investigación en parasitología, con interés principal en la salud pública y salubridad. Así, para mediados de los años treinta, no sólo su vocación está ya bien definida, también ya había adquirido ciertas experiencias en asuntos internacionales referentes a salud pública, lo que le permitió a partir de entonces, que México tuviera presencia en eventos mundiales sobre salud pública, sociología médica y medicina preventiva.

La lista de sus actividades y logros es muy larga, siendo difícil seleccionar las más relevantes a las que en él dejaron huella más profunda. Si pensamos en las referentes a la salud pública, podríamos mencionar por ejemplo, que en 1945, el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas lo designó miembro del comité de expertos que formularía las bases para constituir la Organización Mundial de la Salud. En 1946, Jaime Torres Bodet lo propone como delegado permanente de la UNESCO, convirtiéndose en el primer delegado permanente de esta organización. Así, Manuel Martínez Baéz estuvo ligado al nacimiento de la FAO, la UNESCO y la OMS.

Martínez Baéz jugó un papel decisivo en la creación del Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales (ISET), del que en 1939 fue primer director y jefe del laboratorio de anatomía patológica. Actualmente el centro se llama Instituto Nacional de Diagnóstico y Referencia Epidemiológica, Doctor Manuel Martínez Baéz.

Su labor en la salud pública y la seguridad social fue ampliamente reconocida a nivel nacional e internacional al otorgársele múltiples distinciones. Por mencionar algunas, escogidas más bien de forma arbitraria, están la medalla "Eduardo Liceaga" del gobierno de México, la medalla "Generalísimo Morelos" de su estado natal, la "Condecoración de la Orden Finlay de Cuba", y la "Condecoración de Comendador de la Orden de Salud Pública de Francia".

La obra impresa de Manuel Martínez Baéz es sumamente abundante; 117 artículos, 5 libros, 6 participaciones en libros y 3 libros traducidos; además de 11 publicaciones cuyo tema es la figura de Manuel Martínez Baéz, una de éstas es un libro conformado con sus ensayos principales.

Manuel Martínez Baéz no sólo fue científico, también fue humanista profundo, tendencia que se percibe claramente en toda su obra. Su libro *Pasteur, vida y obra*,⁵ es una excelente biografía muy bien documentada del científico francés por quien el maestro sentía una profunda admiración.

El maestro Martínez Baez y la salud pública

Lo que mencionaré a continuación son algunas de las ideas que sobre salud pública, Martínez Baez expresa desde 1940, fecha a partir de la cual, en su obra impresa es notoria su preocupación en esta área. Es notorio también cómo con el paso del tiempo, muestra mayor sensibilidad a la influencia del contexto económico, político y social en el proceso salud-enfermedad. Esta inquietud se cristalizará en su libro sobre las Enfermedades Tropicales publicado en 1969.

El 2 de diciembre de 1940, en la ceremonia conmemorativa del Día Panamericano de la Salud, Manuel Martínez Baez señala que la idea de consagrar un día a la salud, simboliza una aspiración continental hacia el mejoramiento de los pueblos de América. Menciona que las clásicas plagas de la humanidad como la peste o el cólera, ya no se encuentran en América, sin embargo empiezan a aumentar otras, producto de "los peligros que resultan de los nuevos medios de comunicación".⁶

Martínez Baez, quizá como muchos de sus contemporáneos, se muestra muy sensible a los hechos que suceden en Europa y dice: "En los momentos actuales, cuando más de medio mundo, enloquecido y ciego parece no ocuparse sino en destruir vidas y hogares, es la América nuestra como un oasis de paz y bienestar". Es muy interesante leer las ideas que comparte con el doctor José Suñer, jefe del entonces Departamento de Salubridad Pública, sobre aumentar la población de todos los países del continente para facilitar el intercambio de habitantes de todos los grupos sociales en busca de trabajo, inversiones, materias primas o simple esparcimiento. "Mejorar la salud es impulsar la eugenesia que formará la verdadera y nueva raza de América".⁷

Manuel Martínez Baez pondrá siempre énfasis particular en la importancia de la Cooperación Internacional para el control de las enfermedades, de hecho ésta es una idea repetitiva a lo largo de toda su obra. Probablemente ésta tuvo su origen en esa época y en el sentimiento americanista a raíz de la Segunda Guerra Mundial.

Así expresará:

"Grande es la medicina cuando se ejerce en bien de la salud del individuo; cuando se afana en pro de la salud de todo un pueblo es, sencillamente, grandiosa".⁸

Vale la pena mencionar que Eduardo Liceaga fue el primer sanitarista mexicano que en 1910 expresó la importancia de la cooperación internacional.⁹

En la base del problema palúdico, hay un aspecto económico

Para mediados de los años cincuenta, Martínez Baez llama

la atención sobre el punto de que sería irreal pensar que las organizaciones internacionales para la salubridad, sean organizaciones benéficas.¹⁰ Es claro que son muchos los factores involucrados en la preocupación por mantener la salud de los pueblos. En un simposio sobre paludismo, menciona incluso que, "en la base del problema palúdico hay un aspecto económico".¹¹

"Si Gorgas obtuvo lo necesario para limpiar de paludismo a Panamá no fue por consideración a la salud de los habitantes del istmo, sino porque había que hacer en él un canal, de tanta importancia política y comercial para los Estados Unidos y para el mundo".¹² El matiz romántico acerca de la cooperación internacional en el tiempo de la guerra, y en los inicios de su carrera, cede el lugar a una posición realista.

Es claro que Manuel Martínez Baez no es el primero en percibir el interés económico detrás de algunas acciones médicas, pero al combinarse esta posición con su inclinación humanística se da una sensibilidad muy especial ante los problemas sociales de la medicina.

Hay muchos ejemplos de este binomio médico-económico, pero uno que encuentro particularmente atractivo es el que se dió a raíz de la epidemia de viruela que asoló a la Ciudad de México en 1779, cuando el médico franco-judío Esteban Morel, defendió la inoculación frente al Ayuntamiento de la Ciudad de México, diciendo que era instrumento de poder y riqueza porque disminuía las muertes de los mineros que se contagiaban de la enfermedad.¹³

En muchas ocasiones Martínez Baez toma al paludismo como ejemplo para ilustrar sus ideas. El considera que en los palúdicos, el daño no solamente es a la salud física, sino también la mental se ve afectada. El enfermo se siente abúlico, deprimido y carente de ambición. Esto causa ausentismo en escuelas y sitios de trabajo y por lo tanto, visto a largo plazo, deficiencias en la educación, en la producción y en el contexto general de un país.

Menciona que en 1956 hubo 25 mil defunciones por esta enfermedad¹⁴ y considerando que entonces la tercera parte de la población era económicamente activa, el doctor Martínez Baez hace una estadística muy interesante y amplia para concluir que México pierde 594 millones de pesos anuales por causa del paludismo.¹⁵

"Las llamadas enfermedades tropicales"

Esta inquietud que Manuel Martínez Baez manifiesta desde los años cincuenta, se cristaliza en un libro que publica en 1969 y que se llama *Factores económicos, culturales y sociales en la génesis de las llamadas enfermedades tropicales*.¹⁶ La obra es un excelente análisis médico-sociológico de los padecimientos asociados tradicio-

nalmente con los países subdesarrollados. Considero que en este libro se encuentra una de las principales aportaciones de Manuel Martínez Báez a la salud pública porque sistematiza y adecúa a nuestro medio los conceptos que en ese tiempo existían sobre el tema, y que como él mismo señala repetidamente, surgieron en países completamente ajenos a la cuestión.

El autor analiza en primer lugar qué significó y como surgió el término "enfermedades tropicales". La idea original tenía que ver con las enfermedades propias de los pueblos ubicados en zonas geográficas de clima tórrido, pero en sentido más realista, se refería a las enfermedades desconocidas o no identificadas por los países colonizadores. Algunos de estos padecimientos son, por ejemplo la uncinariasis, oncocercosis, paludismo, filariasis, malaria, leishmaniasis, lepra, etc. Así estas enfermedades constituían la "medicina colonial", "medicina tropical" o la "patología exótica".¹⁷

En su obra, Martínez Báez considera que el clima no es el principal factor que favorece el desarrollo de esta patología, ya que también se presentan fuera de zonas tropicales o calientes.

"Parece entonces sensato admitir que lo que se ha venido llamando "enfermedades tropicales" es, en esencia, la mala situación de la salud pública que sufren los países subdesarrollados, originada en la pobreza, en la ignorancia y en defectuosa organización social".¹⁸

Respecto a cómo surgió el estudio de las enfermedades tropicales, y después de un interesante análisis, el autor concluye que fue la necesidad de cuidar la salud de los europeos que viajaban a países remotos a los suyos, lo que hizo nacer esta especialidad. La preocupación por la salud de los nativos no fue importante hasta que afectó la mano de obra y por lo tanto la producción. Así el concepto de "enfermedades tropicales" es un "punto de vista" de los europeos acerca de una realidad diferente a la suya, pero que necesitan conocer.

A través de toda su obra, es claro que Martínez Báez acepta que el clima tiene influencia innegable, si no precisamente en la fisiología y la patología humanas, si en la manera de vivir que puede ser diferente del que habita en climas templados o fríos. Este sería el elemento cultural que no se puede olvidar en el desarrollo de estas enfermedades, pero cuya importancia es más bien secundaria.

Curiosamente, el autor menciona que el trópico americano era pobre en enfermedades tropicales a la llegada de los españoles. El tifo, el paludismo, la uncinariasis y algunas helmintiasis no se conocían en México, llegaron de África, Asia e incluso de la misma Europa. Aquí las condiciones del ambiente físico y biológico y también las del humano

en forma de factores económicos, sociales y culturales, permitieron su implantación.¹⁹

La lectura de los conceptos anteriores parecería transmitir un mensaje de simplicidad. Esto sucede cada vez que algo en apariencia evidente se sistematiza, sin embargo, atrás existe un proceso profundo de observación y análisis; cualidades que Manuel Martínez Báez poseía ampliamente.

En este paso, es importante ubicar las acciones e ideología de Manuel Martínez Báez en el contexto que él le interesaba particularmente: económico, político y social.

La salud pública en el México de los años cuarenta

Muy sensible a la incongruencia entre la realidad mexicana y lo que se estudiaba sobre sanidad, proveniente sobre todo de textos extranjeros, Manuel Martínez Báez, tuvo un papel determinante en la creación del Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales. El Instituto se inauguró el 18 de marzo de 1939 y fue el primer centro para la investigación de los problemas de salubridad en México.²⁰ Su creación se dió a raíz del Plan Sexenal que entró en vigor siendo Presidente de la República, Lázaro Cárdenas.

Del ISET Manuel Martínez Báez se expresa así en 1969:

"El Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales, fue, en varios aspectos una novedad dentro de la vida intelectual y burocrática de México. Fue la primera institución dedicada exclusivamente a la investigación científica de problemas de nuestra salud pública, al servicio de toda la colectividad nacional y no sólo para resolver problemas concretos de individuos enfermos con el fin de devolverles la salud. Fue, en cierto modo, corolario obligado de la situación iniciada algunos años antes de su fundación... En cuanto a lo administrativo, posiblemente fue la primera institución en la que se implantó la disciplina del "tiempo completo", sin disimulos ni subterfugios".²¹

En la época en que surge el ISET, ya existe en el país la estabilidad política que permitiría llevar a cabo el ideario de la Revolución Mexicana en salud. El Estado aparecerá entonces como árbitro y promotor del desarrollo nacional, interesado no sólo en el crecimiento industrial sino también en las demandas sociales, mejorando las condiciones de vida y el derecho del pueblo a la salud, cuestión presente desde 1917 en el artículo 123 constitucional. La salud pública se empieza a considerar como una herramienta para alcanzar el desarrollo. No sólo se trata de prevenir o tratar las enfermedades, sino también de rehabilitar y sobre todo de investigar como un medio más científico de luchar

contra aquello que afecta la salud. Así se impulsa la actividad científica de los institutos²² adoptando en la práctica el paradigma de la "medicina científica" que surgió desde el siglo XIX.



Dr. Manuel Martínez Báez

Respecto a los servicios de salud, son múltiples las campañas de vacunación contra diversas enfermedades y se crean instituciones para la atención médica. La Secretaría de Salubridad y Asistencia surge el 15 de octubre de 1943. Por decreto presidencial, en 1944 se fusionan el Departamento de Salud Pública y la Secretaría de Asistencia Pública. El primer secretario fue Gustavo Baz y el subsecretario Manuel Martínez Báez. El mismo año toma cuerpo el Instituto Mexicano del Seguro Social. Se completa así la triada salubridad-asistencia-Seguro Social.²³ El ideario y las acciones de Manuel Martínez Báez son decisivas en la construcción de ese nuevo modelo de salud pública.

"La realidad de las enfermedades tropicales"

Retomando la ideología de Martínez Báez sobre las enfermedades tropicales, dos puntos son importantes de analizar: 1. De acuerdo con él, ¿cuál era la situación de las enfermedades tropicales cuando escribió su libro? y 2. ¿cuál era el futuro que él veía para este problema?

Para el autor es claro que hubo un cambio en las enfermedades tropicales desde que se formularon los primeros conceptos hasta mediados de nuestro siglo. En los

años cincuenta, él menciona que muy importantes eran la tuberculosis, la influenza, las deficiencias nutricionales y el paludismo. Es difícil de aceptar que las tres primeras sean tropicales y respecto al paludismo, se sabe que no es exclusiva de los climas cálidos.²⁴ Una vez más el término tropical no es adecuado, el más apropiado sería subdesarrollado, pero el mismo Martínez Báez no lo adopta por la susceptibilidad que pudiera despertar. Es curioso ver que tropical es el término que se sigue utilizando en la actualidad, aunque sea innegable su relación con el subdesarrollo. Aquí es interesante señalar una idea que mencionó Manuel Martínez Báez en una entrevista y que no se ha encontrado publicada, se refiere a un probable origen de las enfermedades tropicales. El pensaba que en un principio, la gente mejor dotada, salió de las zonas tropicales y se fue a las zonas frías, los más débiles se quedaron en el trópico, de este modo, las enfermedades tropicales serían además enfermedades de grupos con menor capacidad de adaptación. Como idea, no deja de ser sugestiva.

Manuel Martínez Báez apuntaba que el intenso incremento de la población representaba una seria amenaza para la lucha contra las enfermedades tropicales. En los sesenta, él veía muy importante controlar la natalidad para poder elevar los niveles de vida y por lo tanto disminuir la incidencia de estas enfermedades.

Recordemos que durante la guerra mundial, Martínez Báez pensaba en la conveniencia de aumentar la población americana. Por entonces, Martínez Báez menciona el renovado interés de los países del primer mundo por el estudio de las enfermedades tropicales. No sólo en algunas universidades hay posgrados de "medicina tropical", fundaciones como la Rockefeller, favorecen la investigación en esta área.²⁵ Respecto a esto, él mismo no define si es por solidaridad, interés científico o para no ver afectados sus propios intereses.

Ahora, ¿qué futuro vislumbraba Manuel Martínez Báez para las enfermedades tropicales? El consideraba que era posible modificar positivamente los factores que determinan este problema. En muchos de sus escritos se manifestaba firmemente convencido de que el cambio se daría en el futuro. Manuel Martínez Báez pensaba que la pobreza, la ignorancia, el carácter primitivo de la cultura, el menoscabo de la libertad e injusta distribución de la riqueza, eran susceptibles de modificación positiva, lo que a su vez elevaría los niveles de vida y por lo tanto de la salud. La cooperación internacional seguía siendo para él muy importante en el logro de estos cambios.

Sería muy interesante casi 40 años después, hacer el mismo análisis que él hizo para saber qué tanto se han controlado las enfermedades tropicales en México en

función de un cambio positivo de factores económicos, políticos, sociales y culturales.

Conclusión

Existen dos grandes clases de científicos; aquel cuya actividad principal es la producción de conocimiento en el laboratorio, o aquel que adecúa el conocimiento a una realidad y realiza acciones para socializarlo. Las dos labores son muy importantes y en ambas el científico se vale de la observación fina y el análisis. Manuel Martínez Báez era un brillante exponente del segundo grupo.

En el campo de las enfermedades tropicales, adaptó los conceptos existentes a la realidad de los países subdesarrollados. En la salud pública en general, fomentó acciones para el beneficio de la salud a nivel social.

Manuel Martínez Báez fue activo en el período en que ya estaba establecido el sistema político mexicano, lo que facilitó el desarrollo y la realización de los proyectos económico-sociales. La idea de que el cuidado de la salud era una obra de caridad o de beneficencia, había quedado atrás, desde antes de la Revolución, pero la inestabilidad política que fue muy larga, no permitió desarrollar tempranamente programas de salud como uno de los deberes del gobierno. Martínez Báez se encontró en la situación de tomar decisiones importantes. Las tomó con modestia y honestidad y fue personaje clave de un periodo importante de la Salud Pública Mexicana. Junto con un grupo de sanitaristas destacados, fomentó considerar a la salud pública como una de las herramientas para alcanzar el desarrollo del país.²⁶ Fue muy receptivo y sensible a la problemática de salud y tuvo la sagacidad de ubicarla en el contexto real, económico, social y político; no solamente médico.

Manuel Martínez Báez pensaba que para combatir a las enfermedades tropicales, era fundamental mejorar las condiciones de vida de los pueblos. Además creía firmemente que eso era posible a través de la ciencia y la buena voluntad. El maestro Manuel Martínez Báez no sólo era un ideólogo, era también un idealista, partidario sincero de una utopía científica y social.

Referencias

1. Martínez-Báez, M. Consecuencias sociales y económicas del paludismo en México. Memoria de El Colegio Nacional 1956;3 no III:39
2. Homenaje al Dr. Manuel Martínez Báez, Morelia,

Michoacán: Ediciones Casa de San Nicolás, 1987:32

3. Estos datos biográficos se obtuvieron de la Base de Datos Científicos Mexicanos. Departamento de Asuntos Bibliotecarios, Unidad de Bibliotecas de la Investigación Científica, de algunas semblanzas publicadas en materiales diversos y de: "Entrevista con Manuel Martínez Báez, realizada por Ximena Sepúlveda, 30 de marzo y 6 de abril de 1977, Cd. de México. Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/8/4, con el entendimiento de que es el Instituto el propietario de este material.
4. Martínez-Solórzano M. Lista de Plantas Indígenas. Bol Soc Mich Geo Est 1910;6,7
5. Martínez-Báez, M. Pasterur, vida y obra, México: Fondo de Cultura Económica, 1972.
6. Martínez-Báez, M. Día Panamericano de la Salud. Bol Of Pan 1940;s.l.,19:1195-1196
7. Ibid
8. Martínez-Báez, M. El Día Panamericano de la Salud. Gac Med Méx 1940;70:642-647
9. Frenk, J, Rodríguez de Romo AC, Urrusti J. Algunas aportaciones de la salud pública a la Medicina Mexicana, México, Academia Nacional de Medicina. (En prensa).
10. Martínez-Báez M. Cooperación internacional en salubridad. Bol San Pan 1952;33:536
11. Martínez-Báez, M. Simposio sobre paludismo, Gac Med Méx 1950;80:303
12. Ibid. p. 301
13. Archivo del Ex-ayuntamiento. Ramo Policía, Salubridad. Legajo 1, Vol. 3678,1779, Exp.2
14. Martínez-Báez, M. Consecuencias sociales y económicas del paludismo en México. Memoria de El Colegio Nacional 1956;3 no.III:35
15. Ibid. p. 36
16. Martínez-Báez, M. Factores económicos, culturales y sociales en la génesis de las llamadas enfermedades tropicales, México: Ediciones de El Colegio Nacional, 1969
17. Ibid. p. 39
18. Ibid. p. VIII
19. Ibid. p. 47
20. Martínez-Báez, M. Institut of Public Health and Tropical Diseases. Bol Of Pan 1941;20,1:150-152
21. Martínez-Báez, M. El Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales. An Soc Mex His Cie y Tec 1969;1:156-157
22. Realizaciones de la investigación científica en México para la salud pública. Simposio, Gac Med Méx 1964;94:969
23. México y la seguridad social, México, D.F.: Instituto Mexicano del Seguro Social, 1952, 3 volúmenes.
24. Cita 16, p.206
25. Ibid. p. 208-215
26. Martínez-Báez M. La influencia de la investigación científica en el desarrollo económico y social. Sal Pub Méx 1970;1:77-85

Contribución a la medicina de México de los médicos españoles de la inmigración de 1939

VICENTE GUARNER DALIAS*

Juzgó que el más de medio siglo transcurrido de la inmigración de médicos españoles a México a consecuencia de la Guerra Civil, representa el intervalo oportuno para llevar a efecto más que un nuevo relato, una recopilación de su contribución a la medicina del país que les dió asilo.

Y es que dentro de la emigración que siguió a la Guerra Civil Española del '36, el conjunto formado por aquellos profesionales de la medicina constituye, tanto por su número como por el sello y carácter de muchos de sus integrantes, uno de los grupos que reviste mayor interés. Varios estudios y testigos de aquel acontecer nos hemos ocupado del tema, aunque en su mayoría, los análisis, esencialmente narrativos se hayan dispersos en libros. Unos adolecen de ser poco conceptuales, otros no disimulan su parcialidad.^{1,2} El de Germán Somolinos titulado "25 años de medicina española en México",³ presentado brillantemente ante esta Academia en 1965 con un espléndido comentario final del maestro Ignacio Chávez y publicado un año después, peca de ser quizá una crónica general en la que el autor no puede soslayar su papel de protagonista y sobre todo mezcla a los médicos emigrados de España con aquellos que, nacidos en ella, llegaron de niños o adolescentes y estudiaron y se formaron en México. Para mí esta generación debe ser considerada como mexicana en su naturaleza íntima ya se trate de historiadores, politólogos, pintores, cineastas o médicos. Prueba de ello es que el grueso de la misma se pierde en la población del México de hoy, sin que muchos de sus integrantes lleguen siquiera a sospechar las raíces.⁴

Rebasó la cifra de 500 el conjunto de médicos españoles que inmigraron a México al terminar la Guerra Civil. Si tomamos en consideración que el total de médicos mexicanos que aparecían registrados en el Departamento de Salubridad eran alrededor de 5,000, el número de facultativos en el país se incrementó súbitamente en una décima parte. En toda la historia de la medicina nunca se había visto un hecho semejante. Por primera vez y sin exámenes de revalidación o trámites burocráticos de naturaleza alguna, una nación abría las puertas a más del diez por ciento de profesionales en una sola rama y les permitía el libre ejercicio de su menester.

Debido a un sinnúmero de factores heterogéneos; desde las universidades de donde procedían su preparación, la experiencia y hasta en edades, porque como es de entender, la diáspora no los encontró a todos en el mismo instante de la vida. Unos eran jóvenes, recién salidos de la facultad; otros eran hombres maduros; varios de ellos gozaban incluso de cierto prestigio internacional. De los jóvenes muchos se desarrollarían en México y algunos darían impulso a la investigación, a la enseñanza y al desarrollo de las especialidades.

No es el propósito de este ensayo entrar en definiciones ni en defensa de su ideología política mucho menos en razones de tipo doctrinario acerca del móvil global de dicha trasteración.⁵ No obstante ahora, al interiorizarnos en el tema, podríamos preguntarnos el porqué de un grupo tan numeroso. La razón estaba sin duda inspirada en una educación básica común. Y la verdad es que muchos eran los formados bajo el manto de aquella Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, institución oficial española, creada por Real Decreto el 11 de enero de 1907, modificada en 1911 cuyo fin era el de fomentar e impulsar la investigación científica. Esa insti-

* Académico titular

tución fue presidida, entre otros, nada menos que por don Santiago Ramón y Cajal y por don Ramón Menéndez Pidal.

Pero no sólo fue la influencia de un movimiento intelectual de renovación que antes habían iniciado don Francisco Giner de los Ríos y don Manuel Cosío en aquella libre institución de enseñanza, sino también la palabra de los grandes maestros: Marañón, Juan Negrín, Teófilo Hernando y Hernández Guerra en Madrid y Augusto Pi Suñer y Juan Bellido en Barcelona.⁶

No me voy a detener en presentar el panorama de la medicina mexicana en esos años pues se encuentra espléndidamente expuesto en el libro México en la cultura del Colegio Nacional (1947).

Los médicos españoles fueron objeto de una gran acogida por parte de sus colegas mexicanos. Como el propio maestro Chávez decía: "Los médicos españoles trasterrados no fueron extranjeros un solo día en México".

De aquel grupo de 500 la mayor parte han desaparecido o, como decía don José Puche. "Se han ido desgajando". Los médicos españoles abarcaron un gran abanico de actividades. Crearon laboratorios de productos farmacéuticos, cultivaron la actividad editorial, formaron sociedades médicas y, aunque el grupo más numeroso se dedicó al libre ejercicio de su profesión, otros contribuyeron con la medicina de su nuevo país en el campo de la docencia y de la medicina institucional, donde cumplieron actividades académicas. Algunos llegaron a formar escuelas dentro de su especialidad. Otros hicieron aportaciones a la investigación. Y hubieron quienes desarrollaron y fomentaron el interés por la historia de la medicina mexicana, aportando contribuciones importantes para el campo de esta investigación documental.

Esta sesión tiene como objeto llevar a efecto una recapitulación de las contribuciones de este conjunto de médicos españoles a la medicina de México tanto en los aspectos de investigación la de laboratorio y la histórica como en su labor docente e institucional.

En primer término, el doctor Adolfo Martínez Palomo se referirá en particular a su campo, el de la investigación; después, el de la voz, tocará los aspectos docentes, académicos e institucionales y, finalmente el doctor Juan Somolinos nos hablará de las contribuciones específicamente a la historia de la medicina mexicana.

Creemos que medio siglo constituye una medida histórica adecuada para analizar dicha participación. Debemos aclarar que de modo alguno pretendemos incluir lo realizado por otros emigrantes del mismo origen hacia otros países, como por ejemplo José Trueta en Inglaterra, Pi Suñer en Venezuela Pío del Río Ortega en Argentina o Severo Ochoa y Durán Reynals en Estados Unidos.

La docencia, las actividades académicas y las institucionales

El primer antecedente de la actividad académica de la inmigración española se ubica en la originalmente Casa de España, o Colegio de México a partir del 8 de octubre de 1940. Este pretendía ser un centro donde los intelectuales pudiesen trabajar, en tanto encontraban puestos institucionales o docentes.⁷ Aquella lista de 40 miembros incluía nueve médicos que dieron conferencias, impartieron cursos y produjeron publicaciones. La institución nació por sugerencia de don Luis Montes de Oca, director del Banco de México, al presidente Lázaro Cárdenas, apoyado por Daniel Cosío Villegas, Alfonso Reyes, Genaro Estrada, Manuel Martínez Báez y Eduardo Villaseñor quienes se convirtieron en los autores intelectuales del plan.⁸

Varios médicos inmigrados se integraron a la Academia Nacional de Medicina. Issac Costero llegó incluso a ser un presidente en 1968, pero así también lo fueron Ramón Pérez Cicera, Rafael Méndez, Germán García y Germán Somolinos D. Ardois.

La labor hospitalaria vino, a ser un campo espacioso donde los españoles tuvieron ocasión de desarrollar su experiencia y sus ideas. En el Hospital General de la Ciudad de México dejaron huella el urólogo Carlos Parés, el oncólogo Germán García y el patólogo Costero, aunque allí tropezaron con un estatuto vigente durante años donde se especificaba que, para poder hacer carrera hospitalaria, era menester ser mexicano por nacimiento. En cambio la nómina del Instituto de Cardiología contaba desde sus comienzos a varios médicos inmigrados. El ilustre dermatólogo don Julio Bejarano dirigió durante algún tiempo, el leprosario de Zoquiapan en ese mismo plantel colaboró el doctor Antonio Peyri. Don Manuel Rivas Cherif, quien realizara importantes trabajos acerca de la fotografía de las membranas profundas del ojo,⁹ perteneció inicialmente a la Casa de España y después fue jefe de servicio en el Hospital para la Ceguera y en el Hospital General de la Raza.

El doctor Gonzalo Lafora vivió el exilio en México de 1938 a 1946 y fue fundador del laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos de la Universidad Nacional, hoy Instituto de Investigaciones Biomédicas.¹⁰

Dentro de la labor institucional merece destacarse la figura de don José Torre Blanco, Jefe de la División de Gineco-obstetricia del Hospital 20 de Noviembre del ISSSTE. Este médico tuvo el mérito de que a pesar de que el gobierno de México les permitió a todos los médicos españoles, la revalidación de su título profesional sin mayores trámites, el doctor Torre Blanco decidió hacerlo como un alumno más, con examen y tesis, en el Instituto

Politécnico Nacional, institución que ya antes le había acogido como profesor de la asignatura.¹¹

Al llegar a México con treinta años de edad, pero sólidamente preparado en neurología, neuropatología y psiquiatría, Dionisio Nieto Gómez es nombrado en 1941 neuropsiquiatra del manicomio general de "La Castañeda" y profesor de neuroanatomía de la UNAM.¹² Asimismo entra a trabajar en el Departamento de Neuroanatomía y Neuropatología del entonces recién fundado Instituto de Investigaciones Biológicas de la UNAM. El propio Nieto hace el relato de estos comienzos: "Allí se concentraron primero Lafora, Costero, Augusto Pi Suñer y Carrasco Formiguera bajo la dirección del distinguido médico mexicano Ignacio González Guzmán". Las publicaciones de Dionisio Nieto Gómez, reflejo de su preparación científica y de su espíritu académico, rebasan la cifra de 150 tanto en revistas mexicanas como en varias de habla inglesa y alemana. En estos trabajos vierte contribuciones a la anatomía del sistema nervioso,¹³ al empleo de diferentes drogas,¹⁴ al estudio de la cisticercosis cerebral donde da a conocer su prueba de fijación del complemento¹⁵ y hasta incursiona en el estudio del encéfalo de los delfines.¹⁶ El doctor Dionisio Nieto fue un hombre honesto, de sólidos conocimientos, gran profesor y esencialmente bueno; todos los que pasamos por su aula lo admiramos y llegamos a estimar como una figura ejemplar.

El Hospital de la Beneficencia Española, pese al antagonismo de muchos de los miembros de su Junta de Covadonga, tomó a varios médicos españoles en su nómina. Alejandro Otero, ex-rector de la Universidad de Granada, fue jefe de la Sala de Maternidad y si bien no tuvo una gran participación académica en México, dejó sentir su gran experiencia en el campo de la ginecología. El encargado del servicio de dermatología fue el doctor Julio Bejarano quien publicó acerca de el problema social de la lepra en 1940 y un tratado sobre las enfermedades venéreas en el mismo año, además de un buen número de artículos. En el mismo nosocomio laboran Urbano Barnés, más tarde encargado de la maternidad; Antonio Encinas en pediatría y Germán García en cancerología. Este último ha llevado una vida académica activa, cuenta con un buen número de publicaciones ha estado en el antiguo Hospital Morelos y fue el creador de la cátedra de oncología en el Instituto Politécnico Nacional. También laboraron en el Sanatorio Español Gómez Higuera, Wenceslao López Albo, Sixto Obrador, Rodríguez Mata y Antonio Capella, quien alcanzó a ser su director en 1950.

Para asistir a sus compatriotas, los médicos españoles fundaron dos instituciones sanatoriales que, muy lejos de ser un lujo, pues aún para 1963 aparecían bastante restrin-

gidas en recursos tecnológicos, pero en su momento resolvieron un sinnúmero de problemas: La Médico Farmacéutica de la calle de Guadalquivir y la Benéfica Hispana de las calles de Marsella, que después se ubicaría en la de Torres Adalid. Esta última fue fundada y dirigida por el cirujano Joaquín D'Harcourt, hombre de gran cultura, tanto médica como general. D'Harcourt era el prototipo del cirujano europeo formado en la década de los treinta, cubría todos los campos de la operatoria general cuando la cirugía, hacia la mitad de los cincuenta, ya comenzaba su proceso de fragmentación. Las circunstancias de su entorno hicieron que D'Harcourt tuviese poca participación en la docencia y en la vida académica de México; a pesar de ello dejó un cierto número de contribuciones; entre ellas merecían citarse: Traumatología general y especial, México 1945;¹⁷ nuestra experiencia en la cinematización de los muñones del antebrazo. Arch Med Méx 1943;¹⁸ Normas en el tratamiento de las artropatías tuberculosas. An de Med del Ateneo Ramón y Cajal 1944;¹⁹ y las heridas abdominales de guerra.²⁰

Otro cirujano de excelente preparación y dotado de gran habilidad fue Jacinto Segovia Caballero. El tampoco desarrolló actividades docentes ni institucionales pero escribió un meritorio Tratado de Cirugía General y Especial en seis tomos, con la colaboración de Abel Morales, Victoriano Acosta, Manuel Rivas Cherif, José Torre Blanco, Urbano Barnés, Ramón Cerviño y Carlos Parés.²¹

Un buen número de españoles ocuparon una posición dentro de la docencia tanto en la UNAM como en el IPN. En la primera impartieron cátedra don José Puche en fisiología general, Ramón Pérez Cicera, Francisco Guerra y Rafael Mendez en farmacología, Jesús de Miguel en embriología, Antonio Capella en microbiología e Isaac Costero quien fue además profesor de postgrado en patología. Jaime Pi Suñer fue profesor en la Escuela de Ciencias Biológicas de 1940 a 1943 y durante su estancia en la Casa de España escribió las bases fisiológicas de la alimentación.^{22,23}

Ramón Pérez Cicera había sido profesor de farmacología en la Universidad de Valladolid y cuando llegó a México ocupó la jefatura del laboratorio de farmacología experimental del servicio de cardiología del Hospital General, después pasó al Instituto de Cardiología y fue profesor de la materia en la UNAM. Publicó un sinnúmero de trabajos tales como: Contribuciones al estudio del calcio; *On the influence of ether on the toxicity of novocaine*; Acción del piramidón sobre el aparato circulatorio, entre otros.

Don Francisco Guerra Pérez Carral fue un brillante profesor de farmacología que recibiera en 1949 el premio de la Academia de Medicina de Sevilla por su estudio

"Aportaciones de los médicos, farmacéuticos y veterinarios españoles a la obra colonizadora española de América". En México, escribe "Métodos de farmacología experimental"²⁴ y después contribuye de manera muy extensa con la historia de la medicina en mesoamérica²⁵ e incluso lleva al cabo una edición del Códice De la Cruz-Badiano.²⁶ En realidad se trata de la primera traducción al español del libelo, aunque resultó incompleta porque si bien la intención original del autor era reproducir todas las láminas, apenas alcanzó a completar la de la página doce pues la técnica empleada resultó muy costosa.

Rafael Méndez, quien fue Jefe del Departamento de Farmacología del Instituto Nacional de Cardiología, representa al investigador puro. A él se deben aportaciones de trascendencia no sólo nacional sino internacional. La doctrina farmacológica derivada de los estudios de Rafael Méndez es en la actualidad la base para el uso terapéutico de los digitálicos y de los bloqueadores beta-andrenérgicos y permite comprender de manera clara, las alteraciones que provoca la intoxicación digitálica.²⁷ Méndez desarrolló además actividades docentes dentro de la UNAM y en el Instituto ocupaba al momento de su muerte el puesto de jefe de enseñanza.

La Casa de España hizo entrar a México a un joven psiquiatra, Federico Pascual del Roncal, apenas especializado en Praga durante los comienzos de la Guerra Civil quien introduce, en un momento muy propicio, algunas técnicas psicoanalíticas. Es profesor de psicoterapia de la UNAM y publica primero un libro sobre psiquiatría infantil²⁸ y después una obra acerca de la teoría y práctica del psicodiagnóstico de Roschach.²⁹ Por último, traduce el libro de Kinsey acerca de la conducta sexual del varón.

Dentro de la docencia universitaria de pre y postgrado y, lo que es más importante, en la formación de escuela aparece la figura de don Issac Costero. El escribió un Tratado de Patología³⁰ en dos volúmenes y un compendio del mismo en tres pequeños tomos. Sus contribuciones propiciaron conocer sobre la evolución de las lesiones valvulares durante la fiebre reumática,³¹ de las estructuras glómicas en la hipertensión³² y acerca del cultivo de neuronas.³³ A Costero le cabe el mérito haber elevado el estudio y desarrollo de la patología a nivel nacional pues aquellos egresados de su escuela ocupan ahora los puestos más importantes en las diferentes universidades del país. Su gran personalidad, su carácter extrovertido y el sello que le imprimía a sus clases, lo hicieron un personaje sin par dentro de la medicina mexicana.³⁴ En el IPN participaron don Manuel Márquez, José Torre Blanco, Germán García, Antonio Oriol, Wenceslao Dutrem y Alberto Folch y Pi. Este último vino de la escuela de fisiología de Pisuñer en

Barcelona, es un hombre de extensa cultura y desarrolla en México una gran labor editorial con la traducción de más de 2,000 textos de medicina del inglés al español.

El IPN contó en su profesorado con una de las figuras egregias de la emigración española, símbolo de su gran nobleza de espíritu, de la firmeza inmovible de sus convicciones liberales y de su gran calidad científica, don Manuel Márquez; decano de la Facultad de Madrid, emigró a México a los 65 años. Sus contribuciones a la oftalmología le valieron gran reputación internacional. En el Colegio de México publicó Cuestiones oftalmológicas³⁵ y tres libros más, Oftalmología clínica general, Oftalmología clínica especial y Astigmatismo, biastigmatismo y vidrios cilíndricos.

La labor docente de los médicos inmigrados no se limitó a la capital, se desarrolló en diversos estados de la República. Luis Fumagallo fundó el Monterrey Médico y Los Archivos Médicos Mexicanos, prestó sus servicios en el Hospital Civil y dió clases en la Universidad de Nuevo León. Antonio Peyri hizo otro tanto en dermatología.³⁶ Antes que ellos Wenceslao López Albo, quien en la preguerra dirigiera el Manicomio Zaldivar, en Nuevo León fungió como jefe de psiquiatría y profesor en el Hospital Universitario; allí publicó una monografía acerca de la cisticercosis del sistema nervioso.

José Herraiz Serrano cumplió destacada labor en Pachuca, donde murió en 1961, no sin haber dado antes realce a la cátedra de anatomía y haber fundado el Museo Anatómico. En la misma capital de Hidalgo destacaron Antonio Aparicio y Pelayo Villar, urólogo el primero y destacado otorrinolaringólogo el segundo, hombre instruido y brillante, quien fundó el Acta Médica Hidalguense. Otros más que ocuparon puestos hospitalarios en provincia fueron Vicente Ridaura en Tampico, Folch en Torreón, Aransai en Culiacán y Francisco Olsina Boher en San Miguel Allende, donde se integró al comité para la construcción del Hospital Juan Manuel Villegas.

El entomólogo don Ignacio Bolívar y su hijo Cándido Bolívar Pielتان fundaron en 1948, la revista Ciencia, cuyo prestigio internacional la convierte hoy en el órgano oficial de la Academia de Investigación Científica.

Conclusiones

La contribución de los médicos de la inmigración española de 1939 a la medicina en México constituye un tema que de sobra justificaría, como lo apuntó el doctor Adolfo Martínez Palomo, y a ello nos unimos el doctor Juan Somolinos y un servidor, un documento mucho más pormenorizado, un testimonio de aquellos hechos que,

vistos bajo la perspectiva de hoy, resultan señeros e impares en el acontecer de nuestra medicina, sobre todo si se los contemplan con juicio y sentir históricos.

Por lo pronto mediante esta presentación pretendemos conservar memoria de que con la llegada de médicos durante la inmigración española de 1939, se conjuraron hechos de singular naturaleza. El grueso del contingente de estos facultativos encontró, desde luego, acomodo para el libre ejercicio de su profesión; aunque otros destinaron todo o parte de su quehacer a la docencia, a las actividades académicas, a la investigación e incluso a estudiar y a rescatar capítulos enteros de la historia de la medicina mexicana. Es conveniente asimismo tomar en consideración que México incorporó a la nación en pleno desarrollo de su medicina, un nuevo grupo médico que su país de origen, había formado penosamente durante la primera mitad de siglo profesionistas formados en el extranjero a donde los pudo enviar mediante las llamadas bolsas de trabajo creadas por la Junta de Ampliación de Estudios a los que después les proporcionó los elementos necesarios para su fructífera maduración. De aquel esfuerzo realizado por España para el rápido desarrollo de su ciencia, México, gracias a su generosidad, resultó el beneficiario, en tanto que España fue una invidente que se sumió en 30 años de aflicción y sombrío silencio.

España, como apuntaba en varias ocasiones el maestro Martínez Báez, no debe haberse percatado de lo que había hecho dejando salir a Costero, Rafael Méndez, Dionisio Nieto, Manuel Márquez, Lafora, Germán Somolinos, Pi Suñer, y tantos y tantos más. México, en cambio, merced a su dadivosidad, reparó en ello desde un principio.

Profesores, investigadores, profesionales de la medicina en sus diferentes especialidades, dejaron aquí el firme trazo de su labor, de su experiencia, de sus enseñanzas y de su ingenio. Para ellos fue mucho más que un simple recorrido, era lo que ya le habían escuchado a Machado mucho antes de la contienda: "Caminante son tus huellas el camino y nada más".

Referencias

- Martínez C. Crónica de una emigración. 195 Libro Méx
- El Exilio Español en México. Fondo de Cultura Económica. 1982
- Somolinos D' Ardois G. 25 Años de Medicina Española en México. Ateneo Español de México, 1966.
- Guarner V. La generación que México educó, formó e hizo suya. Excelsior Suplemento Cultural.
- Guarner V. Los Exiliados Españoles de 1939 y el México de Ahora. Del Libro El Exilio Español en México 705. El Fondo de Cultura Económica 1982.
- Guarner V. La Inmigración de Médicos Españoles de 1939 y la medicina en México. Cuadernos Americanos. Vol. 1. enero y febrero, UNAM
- Miranda J. La Casa de España. Historia Mexicana 18 julio-septiembre 1968;1:1-10.
- Lida C. La Casa de España en México. Jornadas 113. El Colegio de México, 1988
- Fagen P. Exiles and Citizens. Institute of Latin American Studies. The University of Texas Press. Austin and London 1937
- Valenciano G L. El Dr. Lafora y su Epoca
- Torre Blanco J. Uno de Tantos
- Nieto A. La Obra Científica de Dionisio Nieto. UNAM. 1990
- Nieto D. Estudio sobre lipoides de las células nerviosas. variaciones en la escala animal. Bol del Inst de Estudios Médicos y Biol 1946;4:87-94
- Nieto D. Lo cierto y lo probable en la bioquímica de los trastornos mentales. Neurología, Neurocirugía, Psiquiatría 1961;3:151-158
- Nieto D. Historical notes on cysticercosis "Cysticercosis" Academic Press 1982
- Nieto D, Nieto A. El problema cerebro mente y el misterio de los delfines. Ed. Diana, México 1978
- D'Harcourt J. Traumatología Gral y Especial. Editorial Acle 1945
- D'Harcourt J. Nuestra experiencia en la cinematización de los muñones del antebrazo. Arch Med Méx, 3 de julio 1943
- D'Harcourt J. Estudio de la evolución en el criterio de las heridas de guerra en el vientre, desde principios de siglo hasta el final de la segunda guerra. Arch Med Méx, año 3 1945;6-7
- D'Harcourt J. Fundamentos y generalidades en las heridas de las articulaciones. An Med Anteo Ramón y Cajal, Año 3 1945;2:3-17
- Segovia CJ. Tratado de Cirugía Operatoria General y Especial. UTEHA. México 1953
- Pi-Suñer J. Las Bases fisiológicas de la alimentación. La Casa de España, 1943
- Pi-Suñer J. El pensamiento vivo de Claudio Bernard. Ed. Losada, Buenos Aires 1944
- Guerra F. Farmacología experimental, UTEHA. 1950
- Guerra F. Precolumbian Medicine. Its Influence in Medicine in Latin American Today. Del libro. Macy J Jr, Foundation Aspects of the History of Medicine in Latin America. 1979
- Martin de la Cruz. Codex Badianus.. *Libellus Medicinalis Indorum Herbis*. Ed. F. Guerra México 1952
- Méndez R, Méndez C. The action of Cardiac Glycosides on the refractory period of heart tissues. The Journal of Pharmacology and Experimental Therapeutics 1953;107:24-36
- Pascual del Roncal F. Manual de Neuropsiquiatría Infantil. La Casa de España, 1940
- Pascual del Roncal F. Teoría y Práctica del Psicodiagnóstico de Roschard. México 1950

30. Costero I. Tratado de Patología Interamericana, 1948
31. Costero I. Barroso Moguel R. Sur les alterations vasculaires des valvules du coeur Arch des Maladies du Coeur, 1951;11:991-994
32. Barroso-Moguel R, Costero I. Glomic structures and hypertension. Brit Med Ass. Congreso Mundial de Cardiología 1970
33. Costero I, Pomerat CM. Cultivations of neurons from The adult human cerebral and cerebular cortex. Am of Anat, 1951;89:405-468
34. Costero I. Crónica de una vocación. Editores Asociados
35. Márquez M. Cuestiones oftalmológicas. El Colegio de México, 1942
36. Peyri R A. Dermatología. 1942
37. Somolinos G. Lo Mexicano en la Medicina. Gac Méd de Méx, 1961;91:75
38. Hernández F. Obras Completas. Universidad Nacional Autónoma de México, (México1960-1966)
39. Somolinos G. Historia y medicina. Figuras y hechos de la historiografía médica mexicana. UNAM 1957
40. Somolinos G. Francisco Bravo y su ópera medicinalis. Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas. México, 1970;4:337-388

Los republicanos españoles y la investigación sobre salud en México

ADOLFO MARTINEZ PALOMO*

*Después de todo, ¿qué; por qué no recordaros, vosotros que conmigo compartisteis la lluvia y el espanto?
De vuestra sencillez sabe esta agua,
de vuestra dignidad sabe este árbol.*

Pedro Garfias

La ciencia no se da fácilmente ni en España ni en México. El fenómeno de la incorporación y el desarrollo de los republicanos españoles en el ambiente científico mexicano obedeció a la feliz conjunción de factores políticos, sociales y culturales únicos, aún no suficientemente analizados para el caso de las ciencias médicas. Con el paso de los años, la labor de este singular grupo de profesionales ha adquirido mayor significado en la historia de la medicina mexicana.

* Presidente de la Academia Nacional de Medicina.(1992)

Recientemente participé en una sesión académica médica solemne en la que fuimos nombrados socios honorarios de la Real Academia de Medicina de Barcelona tres miembros de la Academia Nacional de Medicina de México. Me tocó recordar el impulso decisivo que nuestra medicina recibió con la llegada de los colegas republicanos. Tanto el organizador de la sesión como el presidente de la corporación española lucharon al lado de la República Española, por lo que el acto se convirtió, en forma espontánea, en un emotivísimo recordatorio, por un lado, de la generosidad de México al recibir con brazos abiertos a medio millar de médicos republicanos y, por el otro, de los nuevos alientos impartidos a la medicina mexicana por los médicos exiliados.

La información escrita sobre la influencia del exilio español en la investigación médica mexicana es rica en extensión y en calidad. El tema ha sido tratado anteriormente, con autoridad, por Somolinos (1965), Cueli (1982), Guarner (1988), Aréchiga (1991) y Fernández-Guardiola (1992). Las vidas y las obras de los muchos profesionales españoles que contribuyeron a producir la época dorada de la medicina mexicana han quedado debidamente consignadas.

Desee hoy hacer tan sólo una breve referencia a los antecedentes del desarrollo de la ciencia médica en los dos países, tomando como ejemplo las obras de Isaac Costero, Rafael Méndez y Dionisio Nieto. Estas son las figuras más representativas de la contribución española a la ciencia médica mexicana por la solidez, continuidad y efectos benéficos en anatomía patológica, farmacología y psiquiatría mexicanas.

Costero, Méndez y Nieto, como muchos otros intelectuales republicanos, tuvieron como antecedente común el haberse dedicado a la investigación científica gracias a la ayuda que recibieron de la Junta para la Ampliación de Estudios. A la Junta debió Costero su preparación y su laboratorio de la Universidad de Valladolid. La Junta patrocinó la estancia de doce años de Méndez en la Residencia de Estudiantes de Madrid. Fue la Junta también, quien envió a Nieto a Alemania para especializarse en psiquiatría. ¿Qué fue y cómo surgió esa Junta a la que, indirectamente, tanto debe México?

Frente a las convulsiones sociales de la segunda mitad del siglo XIX, en España surgió bajo el liderazgo de don Francisco Giner de los Ríos, juriconsulto y pedagogo notable, la Institución Libre de Enseñanza "...disociada de los principios o intereses de toda comunión religiosa, escuela filosófica o partido político, que defendía la libertad e inviolabilidad de la ciencia, y el derecho de todo maestro al ejercicio de la transmisión independiente del conocimiento, sin interferencia de ninguna autoridad".

La Institución, fundada en 1866, en su origen fue una escuela preparatoria y secundaria privada. Pronto se convirtió en fuente de renovación, de tolerancia y de pensamiento libre en la que se fomentaba una viva e insaciable curiosidad por la ciencia, el arte, la naturaleza y la humanidad. Por encima de las diferencias de partidos, poder o religión que convulsionaban a España, la Institución dio origen a un programa generoso y equilibrado de reconstrucción cultural de la nación española.

La pérdida de las últimas colonias españolas en 1898 causó depresión, escepticismo y falta de fe en las soluciones políticas; se abogaba por un nuevo tipo de hombre y por un cambio de métodos. La gente volvió la mirada hacia la educación. Algunos ministros liberales se acercaron a Giner de los Ríos para pedir consejo. José Castillejo, profesor de derecho romano de la Universidad de Madrid, recuerda que sus respuestas representaron la política educativa de hombres bien informados, con un larga experiencia en la enseñanza elemental, secundaria y universitaria, con conocimiento directo no sólo de su propio país, sino también de algunas de las naciones más progresistas de Europa. Ese grupo consideraba el talento como la verdadera aristocracia y, por consiguiente, la escuela como la mayor fuerza en la sociedad moderna. No se debía emprender ninguna reforma educativa sin antes preparar al personal necesario y esto se podía hacer al principio en España. Como consecuencia se recomendó la concesión de cientos de becas para mandar estudiantes, maestros y profesores al extranjero.

Las recomendaciones de Giner encontraron simpatías entre algunos liberales y llevaron a establecer en 1907 dos comisiones, una, efímera, para la educación elemental y otra para estudios avanzados e investigación científica, dotándolas de una autonomía moderada. Se creó así la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, que durante 30 años fue el principal órgano de vanguardia en la renovación educativa del país. En palabras de Castillejo, secretario de la Junta "...ésta fue una idea difícilmente digerible para los políticos españoles. Los ministros afirmaron su propia autoridad exclusiva y su responsabilidad en la administración de fondos públicos y en designar a las personas a quienes debía pagarse. Era difícil convencerlos de la diferencia entre conceder una beca para la investigación científica y nombrar un jefe de policía. Finalmente se llegó a un compromiso: la Junta sometería cada año una propuesta para el uso que debía hacerse de las becas acordadas por el Parlamento".

La Junta estaba compuesta por 21 miembros honorarios vitalescos, profesores y científicos eminentes. Su primer presidente fue don Santiago Ramón y Cajal, premio Nobel y la más grande figura científica que han tenido las

neurociencias. Castillejo continúa "... quedaba deseada toda idea de fuerza o de victoria porque, en una corporación que busca la verdad y la justicia, se trata de una cuestión de convicción y de hallar las soluciones apropiadas, no de vencer por el peso de una mayoría. Por tanto, en el momento en que surgía una división de opiniones, se posponía la resolución hasta que se hubiesen recogido más pruebas. Y durante 30 años todas las decisiones se adoptaron unánimemente. El presupuesto de la Junta llegó a ser hasta de un millón y medio de pesetas, integrado con concesiones anuales del gobierno, donaciones y el producto de publicaciones y cuotas".

La Junta concedía becas para el extranjero a cualquier ciudadano español que pudiera dar pruebas de una preparación suficiente, cualesquiera que fuesen su edad, calificaciones o estudios previos. De cerca de 300 solicitudes anuales, en promedio 50 estudiantes al año fueron enviados al extranjero a partir de 1910 para un total aproximado de 1,500 personas. No solamente profesionales de la investigación y la educación superior eran los beneficiados, también fueron enviados maestros de escuelas elementales para visitar las escuelas en el extranjero. El mayor número de becas se dieron para medicina y derecho. En las ciencias el efecto renovador fue más fuerte. "La Junta prefería dar completa libertad a sus estudiantes en la elección de las materias de estudios para evitar desviaciones o entusiasmos fingidos. Su completa facultad de selección era suficiente para hacer justicia a las principales necesidades del país".

Además de otorgar becas, la Junta creó laboratorios e institutos como el Instituto Cajal de Histología, el Laboratorio Fisiológico y el Instituto de Física y Química, entre otros. Cada uno de estos centros tenía completa independencia científica, pero la Junta tenía poderes exclusivos en cuanto a su financiamiento, al nombramiento y despido de directores y a la inspección de los resultados científicos y las cuentas financieras. Se produjo una cantidad considerable de publicaciones en forma de libros, folletos, revistas periódicas y libros de texto. Asimismo se dotaron bibliotecas con libros modernos.

Por si ello fuera poco, el interés de la Junta por la enseñanza elemental y media quedó demostrado con la creación del Instituto Escuela, campo de experimentación y colegio de preparación para maestros de escuela secundaria. Se introdujeron por vez primera lineamientos como la dedicación de tiempo exclusivo; la realización de trabajos de investigación por los maestros, para lo que disponían de los laboratorios de la Junta; la limitación del número de horas de clase diarias; la supresión de los exámenes; la libre elección de las materias en los años superiores, etc. "...Era maravilloso ver el efecto que tenían en los alumnos las

horas pasadas con maestros que estaban haciendo sus propios descubrimientos, aunque fuese demasiado elevado y distante para las necesidades prácticas de la escuela”.

La Junta creó además residencias para estudiantes en Madrid, no sólo con el fin de proporcionar alojamiento digno sino sobre todo para crear un ambiente propicio para la formación profesional.

Aunque en la primera etapa de su crecimiento la investigación científica no podía ser para la República tan urgente como la educación popular, todos sus ministros mantuvieron las becas para el extranjero, los laboratorios y los institutos de la Junta. Se creó además la Fundación Nacional de Investigación y Reformas Experimentales que a su vez fundó laboratorios de bacteriología, hematología e histología en diversas ciudades de España en un intento descentralizador que ponía a disposición de científicos eminentes, donde quiera que estuvieran, el equipo y los recursos para la investigación considerando al país “como un único y vasto instituto, ignorando las fronteras regionales”.

En 1937 Castillejo escribió: “El advenimiento de la República atrajo a la política a muchos de los líderes intelectuales preparados por la Junta. Su desertión rompió el marco científico todavía débil del país. Las persecuciones al final los echarán de España y quizá América hispana recogerá parte de la cosecha cultivada en la Madre Patria...”

Las palabras de Castillejo se hicieron realidad dos años más tarde. La ciencia se eclipsó en España al tiempo que surgía con vigor en México.

A su llegada a México, Isaac Costero trabajó primero en el Hospital General y luego en el Instituto Nacional de Cardiología, al que se incorporó Rafael Méndez en 1946; mientras tanto, Dionisio Nieto fundaba el Laboratorio de Investigaciones Médicas y Biológicas de la UNAM gracias a un generoso donativo de la fundación Rockefeller para crear en México un instituto similar al Instituto Cajal de Madrid.

Nuestros tres personajes, como muchos miles de refugiados españoles, encontraron en México un terreno propicio para el desarrollo de sus actividades profesionales. Una generación excepcional de mexicanos liberales, que habían curtido su espíritu en la infancia o en la adolescencia en tiempos de la Revolución, los recibieron con los brazos abiertos. Entre los españoles que llegaban y los mexicanos que les brindaban la bienvenida había no sólo un lenguaje común sino también valores y principios afines.

Uno de los protagonistas mexicanos, Manuel Martínez Báez, recordó así aquella época: “...al triunfar la Revolución, cuando menguaron considerablemente o cesaron sus manifestaciones bélicas, y cuando se organizó una nueva

administración pública, comenzaron a sentirse en México algo más que cambios importantes en el orden social o en el de la política; viejas ideas erróneas fueron sustituidas por otras nuevas y con el mito de la excelencia del régimen porfiriano se desvanecieron otros mitos, como el de la enorme riqueza de nuestra patria, el del bienestar general de nuestro pueblo y el del gran adelanto científico de nuestro país. México pudo entonces contemplarse así mismo; sin velos ni prejuicios, con los ojos bien abiertos y con la mente lúcida y ello trajo como consecuencia un ávido deseo de saber más de nosotros mismos, de conocernos mejor, que pronto se concretó en el propósito preciso de investigar a fondo y en detalle la verdad de nuestra vida”.

Al llegar el grueso de los emigrados republicanos, la ciencia empezaba a despuntar en México, se creaban la Facultad de Ciencias en la UNAM y el Instituto Politécnico Nacional. En esos años la medicina vivía un asombroso proceso de renovación, con el establecimiento de especialidades médicas en el Hospital General, la reforma de la Facultad de Medicina y la creación del Instituto de Salubridad y de Enfermedades Tropicales, del Instituto de Cardiología, del Hospital de Enfermedades de la Nutrición y del Hospital Infantil.

Los médicos exiliados españoles llegaron a México en el momento más oportuno. A más de medio siglo de distancia, podemos afirmar, como lo ha hecho antes Hugo Aréchiga: “...difícilmente México pudo recibirlos mejor, ni ellos haber entregado más a México”.

¿Qué justifica este nuevo recordatorio de la influencia de los emigrados españoles de 1939 sobre la medicina mexicana?

Creo que el tema dista mucho de haber sido agotado. Me parece indispensable, para entender mejor esta moderna versión del “encuentro de dos mundos”, realizar un estudio comparativo del desarrollo de las ciencias médicas en España y en México durante la primera mitad del siglo.

Por otro lado, gran parte de los análisis previos han tenido un enfoque estrictamente médico; faltan las contribuciones a la investigación en salud de disciplinas relacionadas, cultivadas también por exilados republicanos: la antropología, Juan Comas; la psicología, José Peinado, Federico Pascual del Roncal; la biología, Cándido Bolívar, Dionisio Peláez; la química, José Giral, José Ignacio Bolívar; la historia Germán Somolinos; ellos y otros más han contribuido a la medicina mexicana.

Por su importancia para los sistemas de atención a la salud la participación de los refugiados españoles en la formación de la industria farmacéutica mexicana debe ser también motivo de revisión; fueron ellos, con mucho, los que sentaron las bases de una industria nacional de medicamentos.

Tampoco ha recibido la atención que merece su labor de divulgación científica a través de la elaboración, traducción o producción de muchos e importantes libros médicos de texto y de referencia, así como de publicaciones periódicas como *Ciencia*, *Anales del Ateneo Ramón y Cajal*, *Monterrey Médico*, *Acta Médica Hidalguense* y otras dedicadas a tratar temas médicos.

Queda también por revisar la obra de los investigadores de la "segunda generación", todos en plena actividad. Entre ellos recordemos a Ramón Álvarez Buylla, Carlos Méndez y Julio Muñoz en la fisiología; Salvador Armendares en la genética; Santiago Genovés en la antropología; Augusto Fernández-Guardiola en las neurociencias; Vicente Guarnier en la cirugía; Sadí de Buen en la patología ocular; Juan Somolinos en la investigación histórica y Juan Urrusti en la perinatología.

De mis maestros republicanos españoles exiliados guardo el mejor de los recuerdos: un código de valores en los que están incluidas la honestidad, la lealtad, la moderación, el decoro, la tolerancia, la conciencia inquebrantable del deber y la concordancia exacta entre los ideales y la forma de vida.

Para las generaciones médicas de hoy el análisis de la contribución de los republicanos españoles a la investigación en salud en México, es todavía, una gran tela de donde hay mucho que cortar y sobre todo, ¡mucho que aprender!

Referencias

1. Aréchiga H. La biomedicina. En: *Cincuenta Años del Exilio Español*. México: UNAM, 1991
2. Castillejo J. *Guerra de Ideas en España*. Filosofía, Política y Educación. Revista de Occidente, Madrid, 1976
3. Chávez I. México en la cultura médica. En: *México y la Cultura*. México: Secretaría de Educación Pública, 1946
4. Chávez I. Comentario al trabajo "Veinticinco años de medicina española en México". *Gac Méd Méx* 1965;95:658-600
5. Costero I. *Crónica de una Vocación Científica*. México: Editores Asociados 1977
6. Cueli J. Ciencias médicas y biológicas. En: *El Exilio Español en México 1939-1982*. México: Fondo de Cultura Económica 1982
7. De Gortari E. *La ciencia en la historia de México*. México: Grijalbo, 1980
8. Fernández-Guardiola A. El exilio español y las investigaciones biomédicas en Iberoamérica. En: *El Destierro Español en América*. Un Trasvase Cultural. Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1992
9. Guarnier V. La inmigración de médicos españoles de 1939 y la medicina en México. *Cuadernos Americanos*, Nueva Época 1988;7:16-28
10. Martínez Báez M. La biología médica en México. *Rev Soc Mex Hist Nat* 1961;22:185-215
11. Méndez R. *Caminos inversos*. *Vivencias de Ciencia y Guerra*, México: Fondo de Cultura Económica, 1987
12. Nieto A. *La Obra Científica de Dionisio Nieto*, México: UNAM, 1990
13. Somolinos D'Ardois G. Veinticinco años de medicina española en México. *Gac Méd Méx* 1965;95:647-657

El exilio español y su aportación al estudio de la historia médica mexicana

JUAN SOMOLINOS PALENCIA*

Siento en efecto la necesidad de asociarme a esta conferencia y me enorgullece como mexicano y como médico ser producto de aquella emigración. Hablaré poco del tema pues el ser breve es más perdonable y a ello me ajusto.

Los destierros de los españoles tienen su origen desde hace cientos de años por las medidas de sus gobiernos absolutistas o conservadores. Las migraciones de aquellos políticos liberales del siglo XIX resultan insignificantes si se comparan con las de la intolerancia religiosa de los siglos XV y XVII

La expulsión de los judíos en 1492 alcanzó un cuarto de millón de individuos; la de los moriscos en 1610 fue de más de medio millón de mahometanos cuya residencia en la península venía de ocho siglos atrás.

El exilio de los republicanos en 1939 comprendió a más de medio millón de personas de las cuales varios miles pudieron emigrar a hispanoamérica. Las repercusiones por la expulsión de los moriscos han sido señaladas por los economistas.

El destierro de judíos y el exilio republicano tienen especial interés para el historiador de la medicina debido al gran número de distinción de los médicos que participaron en estas emigraciones.

El español que vino a México encontró una segunda España. Fue así como los trasterrados iniciaron la inserción de su espíritu en este país, una especie de cruzada para materializar su república perdida. Entre dudas y ocasos se establecieron, favorecidos por el calor con el que México los recibió.

* Expresidente de la Academia Nacional de Medicina y Presidente de la Sociedad Mexicana de Filosofía e Historia

En 1939 llegó un grupo de hombres numerosos y heterogéneo, algunos de ellos ya maduros, que habían tenido autoridad en su país, fueron escuchados en el extranjero y supieron luchar con certeza. Llegaron también jóvenes arrebatados sobre quienes se cernía la esperanza y en donde se dio el estallido de legítimos y justos ideales. Entre estos exiliados, México acogió a una buena parte de la intelectualidad española, llegaron más de cien catedráticos, cinco rectores de universidad, especialistas reconocidos en distintas disciplinas y nuevas hornadas de profesionistas, valiosos exponentes de la cultura ibérica.

La emigración estuvo formada por individuos de todos los sectores de la sociedad: El profesionista, el escritor, el sacerdote, el artista, el agricultor; destacaron las mujeres y no faltaron tampoco los adolescentes y los niños que, de carencias y sufrimientos, llegaron a una vida pacífica.

Lo que emigró no fueron hombres de una sola condición social, fue una sociedad íntegra en la que no faltó ningún componente, por muy dispar que fuese: obreros, intelectuales, burgueses y artistas, unidos por una crisis profunda, de hondas raíces, soportaron la escisión que los llevó al abandono de su tierra.

La España que partió, un mínimo porcentaje de la que hubiese emigrado de haber podido salir, no bien llegada a estas tierras se puso simplemente a trabajar. La mayoría realizó con facilidad en América cosas nada extraordinarias, pues la absorción humana es muy superior a la de una Europa sobrepoblada y de reductos limitados.

La emigración fue en extremo trabajadora y de gran espíritu emprendedor, así lo proclaman sus obras, lo acredita la enorme bibliografía que, desde el año de 1936 hasta la fecha, suma miles de textos, prueba palpable y visible de su gran aportación.

Entre aquellos intelectuales emigrados existió un sinnúmero de historiadores pues, sin equivocarnos, aseguramos que gran parte de ellos desarrollaron algún relato histórico aunque esta disciplina no fuese su principal actividad.

Ahora bien, debemos tener claro que los historiadores exiliados tuvieron sus relatos y en ellos mismos el conflicto del conocimiento consciente y el inconsciente con balances y discontinuos. La esencia de sus historias fue el dinamismo que a veces propuso enigmas constantes. Sus conceptos históricos en buena parte lograron desnaturalizar una personalidad hasta deformar el objeto real al que se aplicaba.

La historia puede servir para mil diferentes fines; desde luego es un mensaje y lo que sucedió entonces se convirtió en algo del momento que permitió ver los hechos en cuestión como si los tuvieramos a la vista. Por ello recurrieron a los acontecimientos reales, que son mucho más ricos

que cualquier narración, y ésta nunca reunió todas las circunstancias del caso. Sin remedio las historias de los exiliados emitieron juicios de valor correspondientes al momento pero no al pasado, algo que utiliza el relativismo histórico pues en cada uno de los historiadores dominaba un temperamento que se dramatizó conforme a sus inclinaciones.

En resumen, la obra histórica de aquellos autores se compuso de fragmentos de realidad como mejor convenían a su doctrina y así ese impulso quedó en los textos y en las diferentes fundaciones que hasta nuestros días siguen dando frutos. Tal es el caso de la Casa de España, transformada en el Colegio de México, en la cual se reunieron españoles y mexicanos que desarrollaron cuestiones filosóficas estéticas e históricas; mencionemos a José Gaos, Joaquín Xirau, García Bacca. En cuestiones de historia recordemos a los precursores de centros, institutos y seminarios que desde 1945 permanecen dentro de los orígenes del Instituto de Investigaciones Históricas como Rafael Altamira, Pedro Bosch Gimpera, Anérico Castro, Pedro Urbano González de la Calle, Ramón Iglesias y Javier Malagón.

Pero en el rescate de la persona trasterrada hay un fenómeno que ocupa el primer lugar, me refiero a la nostalgia. La constante añoranza de su tierra, la imposibilidad de retorno hizo que estos investigadores buscaran razones que obligadamente reconstruyeran su patria perdida. En algunos casos la nostalgia fue tan intensa que el autor buscó la repetición de España, cosa que no le fue difícil dadas las características de nuestro país.

Recordemos en particular la notable obra de Ramón Iglesia cuya labor en España sobre Bernal Díaz del Castillo se vio despojada y trunca, razones que frustraron al autor. Al llegar a la capital mexicana lo invitó don Alfonso Reyes para trabajar en el Colegio de México. Sus ensayos tan característicos como el análisis de la obra de Gómara, reunieron los significados humanos que poseen los hechos históricos y marcaron una metodología donde el conocimiento jugó con la simpatía; su bibliografía demostró estos y otros caminos que se vieron prematuramente interrumpidos por el suicidio del autor.

Pero dejemos a los historiadores generales y detengámonos en los historiadores de la ciencia.

Juan Comas, Faustino y José Miranda, Enrique Rioja, Santiago Genovés y a un paso de ellos, los historiadores de la medicina. Sus actividades son difíciles de circunscribir. Sus intereses invaden diferentes campos indistintamente y son pocos los que se dedicaron a trabajar una línea pura.

Juan Comas sumó a sus magníficas investigaciones de antropología física un buen número de trabajo de historia médica. Algo similar sucedió con los ensayos de botánica

entremezclados con historia que desarrollaron los hermanos Faustino y José Miranda y lo mismo diríamos en el caso de don Enrique Rioja, biólogo y oceanógrafo, pero también historiador de las ciencias.

Cada uno de estos investigadores amerita un análisis detallado tanto de su biografía como de su obra; todos ellos participaron directa e indirectamente en grandes proyectos como es el caso de los libros de Francisco Hernández. Sus observaciones aparecen en los siete volúmenes que configuran esta gran obra.

El interés particular de muchos de ellos en estudiar el pasado médico mexicano hizo que sus ensayos se integraran a la historia de la medicina en nuestro país en forma tanto de biografías como de aspectos conceptuales. En consecuencia, hoy tenemos por delante una larga tarea de análisis.

También entre los médicos hubo buenos ejemplos de vocación historiográfica, como don Manuel Márquez, gloria de la oftalmología internacional quien paralelamente a sus investigaciones, dejó algunos textos de la historia de su especialidad, o Francisco Guerra, farmacólogo, que además realizó un considerable número de estudios bibliográficos de la medicina mexicana. Guerra, cuya conducta es discutible, tiene en sus investigaciones excelentes intentos, algunos frustrados como el Códice Cruz Badiano, que incursionaron en las fuentes originales de nuestra medicina.

Quizá el testimonio más cercano de un historiador de la medicina lo tengo en mi propio padre, quien tuvo una formación en historia desde los tiempos de estudiante. Somolinos tenía una atracción natural, resultado de un sinnúmero de inquietudes intelectuales y de las enseñanzas recibidas en el Instituto-Escuela de Madrid que, a su vez, se inspiraba en la Institución Libre de Enseñanza y la Junta de Ampliación de Estudios.

La producción de Germán Somolinos es muy extensa; sería largo tratar de enumerar siquiera todos sus trabajos pues investigó casi todos los aspectos de la medicina mexicana.

Analizó la medicina de las culturas mesoamericanas; hizo hincapié en los fenómenos de fusión cultural indoeuropea y su trascendencia médica; también escribió acerca de la influencia de la medicina indígena sobre la europea y obtuvo resultados asombrosos. En sus estudios tuvo especial atención hacia temas relacionados con el siglo XVI de la Nueva España, las expediciones científicas y el nacimiento de las academias médicas.

Germán Somolinos, situado dentro del flujo de la historia médica, imprimió en ella su emoción al punto de hacer relatos surgidos del propio corazón.

Un ejemplo espistolar fueron aquellas palabras del 15 de octubre de 1946, cuando el doctor Somolinos en una carta dirigida al cardiólogo español Luis Calandre comentaba "...mientras tanto y desde hace mucho tiempo estoy acumulando datos sobre un personaje muy interesante de la medicina; me refiero al autor Francisco Hernández, protomédico de Felipe II, que vino a estas tierras enviado por el rey para estudiar la historia natural de ellas y obtener aquello beneficioso para la medicina... Es muy poco lo que se sabe de él me gustaría poder escribir su biografía..."

El doctor Efraín Castro, discípulo de Somolinos, escribió: "...resultado de investigaciones de varios años, fueron sus magistrales estudios acerca de La Vida y Obra de Francisco Hernández, publicada dentro de las obras completas de este ilustre médico y humanista del siglo XVI, que fueron la culminación de investigaciones realizadas desde 1945. En estos textos y los estudios que le precedieron se hace patente la depurada técnica historiográfica, consecuencia de pacientes y largas investigaciones en fondos bibliográficos y documentales, que difícilmente será superada por trabajos futuros."

"Los estudios realizados durante la preparación de esta obra lo llevaron a emprender una completa revisión bibliográfica acerca de las obras fundamentales de la historia médica mexicana. Analizó cuidadosamente todos los enfoques y diversas tendencias.

De sus ficheros surgió otra obra fundamental e imprescindible para quien desea abordar cualquiera de los temas históricos de la medicina mexicana, su libro Historia y Medicina, del cual afirmaba que "no había nacido de acuerdo con un plan preconcebido", sino era resultado de su simpatía acerca de los historiadores médicos mexicanos que le precedieron. Incluyó en esta obra una serie de magníficas biografías, perfectamente documentadas, que hacen de este libro uno de los instrumentos necesarios para cualquier tipo de investigaciones futuras en este campo":

Académico desde 1960, realizó en el seno de nuestra Corporación una larga serie de actividades. Sus trabajos vienen a enriquecer las páginas de la Gaceta y obtiene, en 1962, el premio de la Academia Nacional de Medicina por su impecable estudio acerca de su fundación.

Una preocupación patente en toda su obra fue la de "interpretar y valorar aquello propio de México, con lo que este país ha contribuido y contribuye a la cultura médica universal".

Por este uno de los temas fundamentales en sus investigaciones fue el estudio de la fusión indoeuropea con la medicina mexicana del siglo XVI. Consideró que las culturas prehispánicas constituían un aspecto de la cultura médica mexicana, que eran origen y punto de partida de

todos los acontecimientos que individualizaban y daban carácter específico a la medicina de México dentro de la historia médica universal.

La historia de la medicina fue para este ilustre académico una necesidad vital, quien la consideraba como "...un escape humanista que nos libera de la rutina del trabajo mecánico y diario..." Pero este escape humanista, como él lo llamaba, nunca fue un pasatiempo para él sino una actividad profunda, dentro de la cual desarrolló técnicas historiográficas de elevado nivel científico.

También era la satisfacción de la vocación cumplida; así, en uno de sus textos nos refiere "...los hombres de hoy debemos escribir la historia pasada mientras vivimos la nuestra. Aún no hemos traspasado el dintel que separa lo actual de lo pretérito. Cuando esto ocurra, vendrán otros historiadores que con visión más amplia y más lejana, podrán juzgarnos como hoy nosotros juzgamos a los que nos precedieron. Si del grupo actual de historiadores queda semilla capaz de germinar en el futuro, serán precisamente los hombres de ese futuro quienes deberán reconocerlo y valorarlo. Por hoy bástenos la satisfacción íntima de haber cumplido y de la vocación satisfecha; con ello obtendremos la tranquilidad de espíritu necesaria para poder seguir laborando..."

Así pues, a pesar de los buenos intentos, la historia del exilio español y dentro de ella lo refieren a sus médicos, es algo que aún permanece por hacerse, cosa que con el tiempo se dificulta más pues hoy, penetrados de un sentimiento de unión, los hijos de aquellos médicos desterrados no sentimos la misma España, asimilamos una España idealizada e indirecta.

La educación familiar unida a la preparación en escuelas establecidas por españoles republicanos en México marcaron nuestras personalidades. Después de 50 años quedó en nuestras manos una herencia y una tradición, me refiero a esa tradición que aprovechamos para adelantar pasos. Los que ahora ingresamos a la madurez, en edades que oscilan entre 50 y 60 años, fuimos muy pequeños para poder dar cuenta de aquellos momentos. Muchos de los nuestros nacieron en suelo mexicano. Somos un grupo perdido entre historias.

Para nosotros, hijos de aquellos transterrados, ese episodio está lleno de lagunas; lo conocemos a grandes rasgos pues resulta que vinimos al mundo en pleno conflicto, pero hicimos conciencia cuando todo había pasado. Somos testigos del destierro más no de las causas que lo provocaron; compartimos los ideales de nuestros padres, quienes nos legaron un sentido fuera del orbe español, fijo en el tiempo y el espacio. Heredamos de España la semilla más no la tierra. Vivimos un fenómeno social consecuencia de todo un pasado político; del desconcierto conseguimos la libertad; pero es libre el que piensa bien y esto no siempre sucede. El mismo conflicto ha hecho que algunos de nosotros defiendan un sentido español inexistente y por ello se separan de la realidad mexicana; otros, al contrario, nos hemos asimilado al país adoptando sus costumbres, incluso su forma de hablar, pero muchos viven al garete buscando identificarse. En cuanto a la herencia española que nos fue concedida, no es más que un regalo de la historia que nos permite alargar las líneas de la sensibilidad y del pensamiento.

Un viaje a Petilla de Aragón, el lugar de nacimiento de don Santiago Ramón y Cajal

CARLOS ORTIZ-HIDALGO*

"...Nací el 1 de mayo de 1852 en Petilla de Aragón, humilde lugar de Navarra, enclavado por singular capricho geográfico en medio de la provincia de Zaragoza, no lejos de Sos..."

Así es como el propio Cajal describe en su libro "Mi Infancia y Juventud" editado en 1939, el lugar donde nació "...Deploro no haber visto -continúa diciendo- la luz en una gran ciudad, adornada de monumentos grandiosos e ilustrada por genios; pero yo no pude escoger y debí contentarme con mi villorio triste y humilde el cual tendrá para mí el supremo prestigio de haber sido el teatro de mis primeros vagidos y decoración austera con la que la naturaleza hirió mi retina virgen y desentumeció mi cerebro..."¹

Efectivamente, el registro civil de Petilla de Aragón, provincia de Navarra, recoge en el folio 23, número 7, del libro de nacimientos la siguiente inscripción: "Petilla.- Nacimiento de un niño llamado Santiago-Felipe Ramón y Cajal.- El día uno de mayo de mil ochocientos cincuenta y dos a las hora de las nueve de la noche, en la Calle de Arriba número 4, cuarto principal.- Es hijo de legítimo matrimonio.- Padres: Justo Ramón, pueblo de naturaleza Larrés, provincia de Huesca, su profesión cirujano titular, y Antonia Cajal.- Abuelos paternos, Esteban Ramón y Rosa Casasús, de Isín y Larrés respectivamente y abuelos maternos Lorenzo Cajal e Isabel Puente, de Aso y Larrés respectivamente.- Se bautiza en la parroquia de San Millán" (Fig. 1).

* Departamento de Anatomía Patológica. Hospital de Especialidades. Centro Médico Nacional Siglo XXI. IMSS Cuauhtémoc Núm 330, México 06720 D.F.



Fig. 1. Acta de nacimiento de Santiago Ramón y Cajal. Cortesía de don Venancio Murillo Gastón, Alcalde-Presidente de Petilla de Aragón, Navarra, España.

Petilla de Aragón es un pequeño pueblo que, en el momento actual, tiene aproximadamente 100 habitantes, enclavado en la provincia de Navarra, entre Pamplona y Huesca, no lejos de la frontera con Francia (Fig. 2)¹. Su historia se remonta al año de 1134, cuando el Rey Alfonso I murió sin dejar sucesión; esto originó distensiones entre aragoneses y navarros que motivaron numerosos cambios de los territorios limítrofes entre uno y otro reino. Petilla estuvo como vivéin, tanto en manos de Aragón como de Navarra. En 1139, el Rey García Ramírez de Navarra tomó Petilla por las armas y al poco tiempo lo devolvió al Señorío de Aragón. En 1209 Sancho IV, el Fuerte, pidió dinero prestado a Pedro II de Aragón; el préstamo fue cancelado por Jaime I en 1231; éste no rescató la hipoteca y voluntariamente cedió Petilla de Aragón al dominio Navarro. Desde entonces quedó Petilla sometido a Navarra y sirvió

de refugio a los obispos de la mitra de Jaca.² El título de "Villa" fue concedido por Carlos II el 2 de mayo de 1383 (Fig. 3). Así fue como este incidente histórico ocasionó que don Santiago Ramón y Cajal alcanzara su procedencia navarra.^{1,2}



Fig. 2 Villa de Petilla de Aragón, Navarra, España, 1991

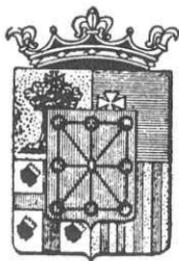


Fig. 3 Escudo de Petilla de Aragón. cortesía de don Venancio Murillo Gastón

Don Santiago nació en Petilla porque los azares de la profesión médica llevaron a su padre, don Justo Ramón Casasús, a esa pequeña aldea.³ Don Justo fue contratado como cirujano titular de Petilla el 2 de enero de 1848. El contrato decía que recibiría "... dotación de treinta cargas de trigo por un año entero, casa franca y vecinal de leña de los vecinos que tengan caballería, pero no de los que no la tengan, quedando exento de toda pecha tanto real como concejil..." Se contemplaban también ingresos extraordinarios ya que "... el citado Ramón haya de curar las enfermedades venéreas y sarna; pero cobrará sus derechos de los pacientes sin que puedan ser estas enfermedades

incluidas en la conducción..." Don Justo visitaba aldeas vecinas y la fama de sus curaciones se extendió por gran parte de Navarra y el alto Aragón. Después de dos años de estar en Petilla, don Justo logró juntar dinero suficiente para contraer nupcias con cierta muchacha de Larrés, de nombre Antonia Cajal Puente.¹

Santiago solamente vivió dos años en esta pequeña villa:

"De mi pueblo natal -sigue escribiendo- no guardo recuerdo alguno... Mis primeros recuerdos, hartos vagos e imprecisos, refiérense al lugar de Larrés, al cual se trasladó mi progenitor dos años después de mi nacimiento. Carezco, pues, de patria chica bien precisada... ventaja para mis sentimientos patrióticos que han podido correr más libremente por el ancho y generoso cauce de la España plena".¹

En realidad, don Santiago fue honesto pues bien es dicho que no se puede querer lo que no se conoce. Sin embargo los petillenses lo acusaron tiempo después de no haberse dignado reconocer su patria chica: "...no se ha acordado nunca de ésta que siempre será su cuna donde vio la luz primera, su pueblo natal, su patria; más cuando todos los grandes hombres (y no tanto como ese señor) -refiriéndose a Cajal- han manifestado sus amores y cariños por los pueblos que les vieron nacer, siquiera éstos fueran de la condición más humilde..."²

Seguramente Cajal ignoraba este resentimiento celoso cuando visitó Petilla, de cuyo relato deja constancia en la obra "Mi Infancia y Juventud".¹

Fue alrededor de 1920 cuando Cajal realizó un viaje ex profeso a visitar su pueblo natal.^{1,2} Hizo primero escala en Verdún y Tiermas, vía Jaca, y finalmente Petilla de Aragón. De Tiermas a Petilla, don Santiago, subido en una mula, fue escoltado por un campesino conocedor del camino. Cuenta que el regresar a su pueblo natal le era hasta cierto punto ambivalente, pues por un lado ansiaba llegar a verlo y por otro no sentía el menor placer por abrazar a viejos amigos, correr por las calles o algo que evocará una emoción o un recuerdo agradable. "...Yo sólo -dice Cajal- tendré el triste privilegio de hallar a mi llegada por único recibimiento la curiosidad, acaso algo hostil y la frialdad de los corazones. Nadie me espera por que nadie me conoce..." Sin embargo, el cura del pueblo se había enterado de la visita de don Santiago y la gente lo estaba esperando en la plaza del pueblo.¹

Cuando don Santiago estaba muy cerca de Petilla ocurrió un incidente curioso. Una anciana lavaba ropa en un arroyo y volvió la cabeza para ver que Cajal se acercaba. Con cara de sorpresa exclamó: "Señor si usted no es don Justo en persona tiene que ser el hijo de don Justo..." La anciana recordó incluso con claridad a doña Antonia, la madre de don Santiago. Admirado por la memoria y los